

# La construcción simbólica de la mente humana

Adrián Medina Liberty\*

*El contenido de la conciencia, la entera manifestación fenomenal de la mente, es un signo.*

C.S. Pierce

**E**n el principio era la palabra, así comienza el prólogo del Evangelio según San Juan. La palabra, el omnipresente verbo. La palabra desde el principio sin principio. Es decir, el logos divino y personal que crea el universo. Sin la palabra, la realidad no puede ser nombrada y, por tanto, no tiene presencia. La realidad la conocemos cuando la nombramos. El nombre que le adjudicamos a los objetos determina la forma como

pensamos y nos comportamos en relación con estos objetos. Aun más: la forma y la sustancia que le otorgamos a la realidad por medio de nuestras palabras constituye nuestra propia realidad "interior". *Los límites de nuestros lenguajes*, enunciaba Wittgenstein, *son los límites de nuestros mundos*. Ergo, *inventar un lenguaje es inventar una forma de vida*. Aristóteles definió al ser humano como el animal depositario de la palabra (*dzonn lo-*



**IZTAPALAPA 35**

EXTRAORDINARIO DE 1994, pp. 9-20

---

\* Profesor investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

gos ejon). El hombre es creador de la palabra, pero sin ella el hombre no es.

Diderot refiere que en el jardín de un rey, dentro de una jaula de vidrio, había un orangután que tenía el aire de un san Juan predicando en el desierto. Un día el cardenal Polignac, observando al animal, le dice: "Habla y te bautizo". Hagamos exégesis: al animal sólo le falta hablar para ser humano o el humano sólo le aventaja por la palabra.

Lev S. Vygotsky, psicólogo soviético fallecido en 1934, urgía a los psicólogos —contracorriente del stalinismo y de la "psicología oficial" de Pavlov, que veía al ser humano como una completa urdimbre de reflejos condicionados y que lo equiparaba funcionalmente a los animales— a retornar a un estudio de la conciencia, del pensamiento entendido como una estructura cuya actividad está mediada por símbolos, de los cuales la palabra —signo lingüístico— es el más conspicuo. *Una palabra sin pensamiento —decía Vygotsky— es una cosa muerta y un pensamiento desprovisto de palabras permanece en la sombra.* Esto es, los procesos cognoscitivos están mediados por signos que son los instrumentos primordiales de la mente humana. Para Vygotsky, entonces, *el pensamiento no sólo se expresa en la palabra sino que se realiza en ella.* Confluencia precisa y puntual con C.S. Pierce: "No hay elemento alguno, cualquiera que sea de la conciencia del hombre, al que no le corresponda algo en la palabra; y la razón es obvia. Es que la palabra o signo que utiliza el hombre es el hombre mismo. Pues lo que prueba que un hombre es un signo es el hecho de que todo pensamiento es un signo" (1965, p. 121).

Vygotsky señaló que el lenguaje se origina en los

intercambios comunicativos prelingüísticos que mantiene el infante —fundamentalmente por medio de gestos— con sus padres. Con base en esos intercambios, gradualmente, el niño va internalizando los sistemas simbólicos característicos de su entorno socio-cultural.

Desafortunadamente, las particularidades de esta transición del gesto a la palabra, de un intercambio gestual a una interacción simbólica mediada, se encuentran insuficientemente tratadas en la obra de Vygotsky, ya que no tuvo tiempo de desarrollar este aspecto sustantivo de su teoría debido a que un ataque de tuberculosis lo mató prematuramente cuando aún no cumplía los 38 años de edad. De hecho, la mayoría de sus proposiciones están planteadas en un nivel implícito y enunciativo, más que explicativo. Son muy numerosos los problemas y las hipótesis que, en virtud de su carácter tan novedoso como audaz, requieren un desarrollo más profundo.

A pesar del carácter tácito de muchos de sus planteamientos —o por ello mismo—, su obra, al igual que las esculturas inconclusas de Rodin, resulta sumamente sugerente en múltiples aspectos. Precisamente, en este ensayo se intenta desarrollar con mayor detalle algunas de las propiedades implicadas en el mencionado tránsito a una interacción de orden simbólico.

Para establecer con claridad el marco de referencia de la postura de Vygotsky se puntualizan, en primer término, algunos de los supuestos básicos de su aproximación y, en segundo lugar, se tratan algunos de los elementos —tanto implícitos como explícitos— involucrados en el desarrollo del comportamiento social simbólico.

## EL SER SOCIAL Y LA MENTE HUMANA

Vygotsky fincó sus ideas sobre la base de los postulados marxistas, ya que en ellos encontró las coordenadas para el desarrollo de un enfoque social de la conciencia. Naturalmente, el dominio teórico y metodológico del materialismo histórico de Marx no es el propio de la psicología; sin embargo, sus preceptos poseen importantes consecuencias para las ciencias sociales en general y para la psicología en particular. Los axiomas marxistas acotan una perspectiva específica sobre la naturaleza humana y la sociedad que Vygotsky supo incorporar creativamente a su postura, en oposición a los enfoques y tendencias que concebían los fenómenos psicológicos como productos internos e individuales del sujeto, como si éstos surgieran espontáneamente y al margen del entorno social y cultural. El contacto con obras como *El capital* de Marx y *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* de Engels —en las cuales se pone un énfasis especial sobre la naturaleza social y humanizadora del trabajo y en lo tocante al papel mediador de los propios instrumentos que se ponen en juego con aquél—, convencieron a Vygotsky de que los fenómenos humanos poseen un carácter eminentemente social. Marx señala, en el primer tomo de *El capital*, que:

El trabajo es, en primer lugar, *un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza*. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos, pier-

nas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. *Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a su vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma* (1867, p. 215).

En este pasaje, Marx resalta dos aspectos que Vygotsky consideró de suma importancia: a) el trabajo es una de las actividades primordiales por medio de las cuales el ser humano entra en contacto con el medio, con la naturaleza, y b) aunque es el ser humano quien ha creado los instrumentos de trabajo que median sus acciones sobre el entorno, la asimilación de éstos transforma su propia naturaleza.

Precisamente, Vygotsky sostenía que el basamento del pensamiento y del lenguaje humanos lo constituían los intercambios sociales que surgían entre los individuos, especialmente en el seno del trabajo:

La transmisión racional, intencional, de la experiencia y el pensamiento a los demás requiere un sistema mediatizador, y el prototipo de éste es el lenguaje humano nacido de la necesidad de intercomunicación durante el trabajo (1934, p. 26).

El propio Vygotsky nos dice lo siguiente: “Parafraseando a Marx: la naturaleza psicológica del hombre es la totalidad de las relaciones sociales traspuestas a la esfera de lo individual, convirtiéndose en funciones de la personalidad y en expresiones de su estructura” (1989, p. 59). Marx concebía el trabajo como una expresión netamente humana, como un

rasgo que nos diferencia del resto del reino animal. Vygotsky, aunque partía de la idea de que existía cierta *continuidad biológica* de los organismos infra-humanos al género humano, suponía, al igual que Marx, que existen rasgos que nos diferenciaban con claridad del resto de los animales. En concreto, la conciencia era un atributo singular del género humano que podía ser materializado en el proceso de trabajo.

Concebimos el trabajo, continúa Marx, bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera. Al consumarse el proceso de trabajo surge un resultado que antes del comienzo de aquél ya existía en la imaginación del obrero o sea idealmente. El obrero no sólo efectúa un cambio de forma de lo natural; en lo natural, al mismo tiempo, efectiviza su propio objetivo, objetivo que él sabe que determina, como una ley, el modo y manera de su accionar y al que tiene que subordinar su voluntad. Además de esforzar los órganos que trabajan, se requiere del obrero, durante todo el transcurso del trabajo, la voluntad orientada a un fin, la cual se manifiesta como atención (*op. cit.*, pp. 215-216).

En este caso, Marx no se refiere tanto al papel mediador de un instrumento, sino al desempeño regulador de la conciencia que diferencia al comportamiento humano del propio de cualquier otro organis-

mo. Esto es, la conciencia permite desarrollar una idea en el plano interno antes de que ésta se ejecute en el plano empírico; existe una acción volitiva dirigida a la acción y no un mero responder mecánico a las particularidades del medio. Cabe recordar que Marx no se refería a la conciencia como un epifenómeno, sino que la concebía en sus determinaciones sociales. En su archicitado *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*, Marx caracteriza la conciencia del modo siguiente:

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia (1859; 1975, p. 182).

De igual modo, en su sexta tesis sobre Feuerbach, afirma que: “La esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de sus relaciones sociales” (1845, p. 25). Vygotsky aceptó la idea de concebir la naturaleza de los fenómenos de la mente humana en virtud de sus coordenadas socioculturales e, igualmente, compartió con el marxismo el énfasis puesto sobre el papel mediador de los instrumentos de trabajo. “El desarrollo de las funciones lógicas, dice Vygotsky, está genéticamente vinculado con las relaciones entre las personas” (1989, p. 51). Estos principios, sin embargo, no son sino premisas de trabajo o lineamientos metapsicológicos si se quiere. En el marxismo, Vygotsky encontró un horizonte epistemológico adecuado a su forma de pensar, pero no estaban contenidas en aquél las respuestas a las cuestiones de carác-

ter específicamente psicológico. Los interrogantes aún eran muchos: ¿Cómo se estructura la mente? ¿Cómo se “interioriza” lo social en la conciencia? ¿Cuáles son los componentes o elementos con los que trabaja el pensamiento? Precisamente, en las respuestas a estas preguntas es en donde se expresa la agudeza del genio de Vygotsky. Examinemos de qué manera Vygotsky extiende el significado de instrumento al campo de los fenómenos psicológicos.

#### LOS INSTRUMENTOS Y LOS SÍMBOLOS

El estudio de la génesis socio-histórica del pensamiento condujo a Vygotsky al establecimiento de numerosos enunciados sustantivos. Aun bajo el riesgo de una excesiva esquematización, por el momento nos centraremos en tres premisas que, a nuestro juicio, condensan el espíritu de la psicología vygotskiana:

1. Los procesos psicológicos superiores implican el empleo de herramientas o instrumentos de orden simbólico.
2. El tránsito de un nivel instrumental a otro simbólico, del gesto al símbolo, es un proceso que se manifiesta por la mediación con el otro, con los demás.
3. El proceso fundamental mediante el cual se constituye la conciencia y se asimila el espacio socio-histórico es la “internalización”.

Vygotsky consideraba que, al igual que las herramientas o utensilios diversos son indispensables para extender nuestra capacidad de transformar la natura-

leza y el medio en general, los utensilios o instrumentos del pensamiento nos permiten regular nuestra propia conducta y la de los demás.

Vygotsky reconoció, siguiendo a Engels, que desde tiempos remotos el ser humano ha empleado herramientas o instrumentos físicos —el martillo, el telescopio, el azadón, etc.— para ampliar su capacidad de acción. Sin embargo, extendió —con maravillosa intuición— la noción de instrumento para incluir otro tipo de utensilios: los signos o símbolos.<sup>1</sup>

Como lo sostiene Vygotsky, “la analogía básica entre signo y herramienta descansa en la función mediadora que caracteriza a ambas” (*Ibid.*, p. 89). Las herramientas físicas se interponen entre nuestras acciones y la naturaleza, mediando nuestra conducta sobre el medio y los objetos. Los símbolos son instrumentos esencialmente psicológicos que median y regulan nuestra propia actividad intelectual. Los símbolos, por decirlo de otro modo, son los utensilios primordiales de la mente. La conciencia, decía Vygotsky, es como tener contacto social con uno mismo. En esta expresión se implica que la estructura de la conciencia es *semiótica*, es decir, se constituye con base en los signos emanados y sostenidos —y con frecuencia modificados— en las interacciones sociales. El carácter social tanto de los instrumentos físicos como de los símbolos nos hace pensar que estos últimos también poseen una orientación externa, ya que con frecuencia se dirigen hacia el otro, hacia los demás, cumpliendo una función de comunicación.

En este sentido, los símbolos no sólo cumplen una función interna de representación, sino que también se desempeñan como instrumentos de comunicación, regulando nuestras relaciones con los demás. Los

símbolos se constituyen, por consecuencia, con base en una doble propiedad: poseen un significado socialmente determinado y que es *accesible a los demás*; y, al mismo tiempo, son los elementos constitutivos de la conciencia y representan *internamente* la realidad. El lenguaje es el ejemplo más preciso y notable de esta doble función de representación cognoscitiva y de comunicación. Los miembros de comunidades sociales diferentes, por ejemplo, comparten sistemas simbólicos distintos, los cuales propician la constitución de estructuras de pensamiento igualmente diferentes. Por ello, como dice Vygotsky, *si cambiáramos los instrumentos de pensamiento que utiliza el niño, su mente tendría una estructura radicalmente diferente* (*Ibid.*, p. 189).

Las propiedades de los símbolos se hacen manifiestas cuando analizamos la génesis social de los instrumentos y, aun más, si partimos de la idea de que la actividad instrumental precede y prepara la aparición de la actividad simbólica.<sup>2</sup>

#### DEL GESTO AL ORDEN DE LO SIMBÓLICO

Vygotsky señalaba que con frecuencia los psicólogos estudiaban la actividad práctica y el empleo de instrumentos, al margen del empleo de símbolos. En particular, el lenguaje se consideraba como un fenómeno independiente de las acciones instrumentales. En el sentir de Vygotsky:

Aquellos que se dedican al estudio de la inteligencia práctica, así como los que estudian el desarrollo del lenguaje, a menudo no logran vislumbrar la interre-

lación de estas dos funciones. [...] (No obstante,) el momento más significativo en el curso del desarrollo intelectual, que da a luz las formas más puramente humanas de la inteligencia práctica y abstracta, es cuando el lenguaje y la actividad práctica, dos líneas de desarrollo antes completamente independientes, convergen (*Ibid.*, pp. 47-48).

Existe, entonces, una ingénita interdependencia entre la actividad práctica e instrumental y la simbólica. Sin los otros, el comportamiento práctico no llegaría a convertirse en mediación significativa, en símbolo. Pero, sin la conducta práctica o instrumental, no habría materiales para realizar esa conversión. Sin los signos externos no sería posible la *internalización* y la construcción de las funciones superiores.

El que la conducta instrumental se transforme en simbólica por mediación de los otros nos conduce a una consideración de suma importancia: el sujeto no se hace de dentro hacia fuera ni es un receptáculo pasivo del medio social o una conciencia preexistente al contacto con las cosas y las personas, sino que se constituye en sus relaciones con los demás, en las *formas colectivas e históricamente determinadas* de la vida social. La conciencia, entonces, se crea y recrea en la práctica social.

Ahora bien, conviniendo con Vygotsky (1934) en que el lenguaje es primero comunicativo, después egocéntrico, y finalmente interiorizado —secuencia que invierte el orden propuesto por Piaget—, de ello se deduce que la gestación de la actividad simbólica encuentra sus manifestaciones iniciales desde los primeros meses de vida. Y, en efecto, se ha podido comprobar que los intercambios sociales entre un

bebé y sus padres comienzan a realizarse mediante los actos y gestos de aquél, sobre los que los adultos, gradualmente, van sobreponiendo significados (Lezine, 1977; Bruner, 1983; Siguán, 1984; Medina Liberty, 1933). La paulatina adopción y mutua comprensión de los diferentes actos y comportamientos humanos que se presentan en los primeros años del desarrollo se establecen en virtud de un intercambio comunicativo entre los padres y el bebé que, en una primera etapa, se realiza mediante los gestos de éste y lo que presumiblemente significan en el sentir de los padres.

Toda vez que nace un ser humano, éste llega a un medio que le preexiste y en el que, anticipadamente, se le ha asignado un papel. El niño, entonces, llega al dominio de su mundo y del papel de sus instrumentos físicos y semióticos, gracias a un proceso enteramente humano. Los adultos y, en general, todas las personas que rodean al niño, hacen explícito el orden implícito ya existente en el entorno humano y revelan continuamente la adecuación entre los diversos objetos y las acciones que les son propias, entre los distintos símbolos y sus significados, significados generados colectivamente. En suma, organizan el mundo para el niño por medio de la organización manifiesta de su propio contexto.

El proceso mediante el cual el niño incorpora los significados sociales del entorno que le rodea es denominado por Vygotsky como internalización:

Llamamos *internalización* a la reconstrucción interna de una operación externa. Un buen ejemplo de este proceso podríamos hallarlo en el desarrollo del gesto de señalar. Al principio, este ademán no es más que un intento fallido de alcanzar algo [...] Cuando acude la madre en

ayuda del pequeño y se da cuenta de que su movimiento está indicando algo, la situación cambia radicalmente. El hecho de señalar se convierte en un gesto para los demás. El fracasado intento del niño engendra una reacción, no del objeto que desea, sino de otra persona. Únicamente más tarde, cuando el niño es capaz de relacionar su fallido movimiento de agarrar con la situación objetiva como un todo, comienza a interpretar dicho movimiento como acto de señalar. En esta coyuntura se produce un cambio en esta función del movimiento: de un movimiento orientado hacia un objeto se convierte en un movimiento dirigido a otra persona, en un medio de establecer relaciones. *El movimiento de asir se transforma en el acto de señalar* (*ibid.*, pp. 92-93).

Como el propio Vygotsky lo señala, en el ejemplo anterior se pueden deducir tres transformaciones fundamentales: **a)** una operación que inicialmente representa una actividad externa se reconstruye y comienza a suceder internamente, **b)** un proceso interpersonal o intersubjetivo queda transformado en otro intrapersonal, y **c)** la transformación de un proceso interpersonal en un proceso intrapersonal es el resultado de una prolongada serie de sucesos evolutivos.

Vygotsky no desprende todas las implicaciones de su propio ejemplo, ya que en su análisis se circunscribió a las transformaciones necesarias para que opere el proceso de internalización. Sin embargo, desde el punto de vista del propio proceso de comunicación que se establece entre madre e hijo, resultan trascendentes otros dos tipos de transformaciones para la emergencia de símbolos o signos.

En el caso descrito —y el comportamiento infantil nos proporciona cientos de ejemplos similares—, el

gesto del niño viene materializado por los intentos iniciales de una reacción motriz que se manifiesta repetidamente y al que la madre reacciona como si fuera la expresión de la intención de alcanzar un objeto, con lo cual da al gesto un significado que, por lo pronto, *sólo puede tenerlo para ella*.

Posteriormente, sin embargo, el niño le atribuye un significado parecido al que le da la madre. Al reaccionar la madre a los gestos del niño con un determinado comportamiento, y al reaccionar, a su vez, el niño a los intentos iniciales de esa reacción de la madre (alcanzarle el objeto, p. ej.), ambos expresan cómo están interpretando (cómo entienden) los gestos del otro. De este modo, cada uno de los participantes en la interacción da a los ademanes del otro un significado típico.

El tránsito del gesto al símbolo, requiere dos transformaciones para que una interacción mediada por gestos se convierta en una interacción mediada simbólicamente o, dicho de otra manera, para que el niño, mediante sus gestos, acciones y sonidos pueda establecer una relación de comunicación con el adulto, debe otorgarle a éstos un significado.

En primer lugar, los *gestos* tienen que transformarse en *símbolos* mediante la modificación de los significados que sólo valen para cada uno de los sujetos, por significados que sean semejantes para todos los participantes. En segundo lugar, ha de transformarse el comportamiento de los participantes en la interacción de modo que la relación gesto-reacción-gesto sea reemplazada por la relación interpersonal entre hablante y destinatario: el uno se relaciona con el otro y el otro con el uno con intención comunicativa.

Con la primera modificación, el niño aprende a internalizar el sentido del gesto de tal forma que puede comenzar a vincular a éste interpretaciones coincidentes con la madre, reaccionando ambos, implícita o explícitamente, de la misma manera. Con la segunda condición, tanto el niño como la madre vehicular mediante el gesto —en principio corporal y después también vocal— una intención comunicativa y, de ese modo, establecen una relación recíproca entre oyente y hablante. Ahora los participantes pueden distinguir entre el otro —la madre— en tanto que objeto o ser social que se presenta en el papel de un hablante o de un oyente y el otro —el niño— en tanto que objeto de un influjo externo.<sup>3</sup> Este proceso de comunicación, entonces, exige un acto interpretativo por ambos participantes. Para que un símbolo —un gesto, una palabra o cualquier otro— pueda ser comprendido, se requiere no sólo alguien que lo manifieste —un hablante— y alguien que lo observe o reciba —un oyente—, sino que ambos lo *interpreten*, es decir, la relación se media por otro símbolo o conjunto de símbolos, ya concurrentes respecto al símbolo en cuestión o ya presentes en la memoria y capaces de sustituirlo. Esta idea concuerda con lo que señalaba Pierce (1965), en el sentido de que un signo siempre está en relación directa con otro signo por el que pudiera ser traducido.

Después que el niño ha aprendido a interpretar los propios gestos de forma igual a como lo hace la madre, no puede evitar producir el gesto con la expectativa de que tenga para ésta un significado determinado (Meltzoff y Moore, 1977). Pero con esta conciencia cambia la actitud del niño respecto a la madre. Ésta aparece ahora como un ser social que ya no

se limita a reaccionar adaptativamente al gesto del niño, sino que con su reacción conductual da expresión a una interpretación de ese gesto. Y la madre aparece ante el niño como un intérprete de su conducta. El niño se relaciona ahora con la madre como un destinatario que interpreta de una determinada manera su gesto; y esto significa que de aquí en adelante hará su ademán con una intención comunicativa.

Al gesto efectuado por el niño en el ejemplo de Vygotsky —y en un sentido amplio, en un gran número de acciones y vocalizaciones del niño que, consistentemente, los padres pretenden interpretar, al tiempo que les conceden significados específicos—, la madre le otorga un significado que posteriormente es sustentado por aquél. La significación, entonces, entraña un símbolo que no estaba constituido antes en el gesto o las acciones del niño. Se trata de una simbolización que no podría existir, sino en el contexto de la interacción social en que se realiza dicho acto comunicativo (véase: Tronick, 1982).

Son las interacciones comunicativas entre el niño y los padres, las que relacionan los gestos o sonidos del primero con los significados de los gestos y sonidos de los segundos. Constituyen, por consecuencia, el factor principal del surgimiento y la existencia de significaciones diversas (Medina Liberty, 1992; Bates *et al.*, 1975).

Los símbolos gráficos, las modas o las formas específicas de vestir, los dibujos y, sobre todo, el lenguaje, son ejemplos, entre otros muchos, del mundo simbólico que rodea al niño y al cual paulatinamente se incorporará al ir internalizando ese casi infinito universo de significados.

#### LAS FUNCIONES PSICOLÓGICAS SUPERIORES

En este punto ya resulta evidente el postulado sustantivo del marco vygotskiano: las funciones psicológicas superiores —en otras palabras, la conciencia o la mente— no poseen una génesis natural o biológica, sino social e histórica; y para comprender estas funciones es menester ir más allá del sujeto individual o del mundo subjetivo de éste e indagar sus orígenes y dinámica en el espacio externo, en las relaciones entre las personas y los objetos que les rodean, en las condiciones sociales e históricas concretas. Vygotsky manifestó desde un principio (1925, 1925b) un especial interés en los sistemas de regulación de las relaciones sociales que, en el sentir de este autor, están en el origen de la regulación y la dinámica de la conciencia humana, a la que preceden y generan.

El proceso de socialización e individuación humana exige la incorporación de la cultura en que se vive. Como el ámbito o atmósfera simbólica-comunicativa que constituye una cultura no es algo que esté preformado en el individuo ni es una consecuencia de variables biológicas, sino se trata de algo que le preexiste y le es ajeno en un principio, su internalización exige una ruptura con la evolución biológica, para dar paso a una nueva forma de evolución, la histórica. Las formas de trabajo, los estilos de vida y, sobre todo, el lenguaje de la comunidad, son elementos que tienen que ser incorporados al organismo para que éste sea un individuo, es decir, un ser humano y, por tanto, un ser incorporado a la sociedad y a la historia. La base del proceso de incorporación social de un individuo, conviene enfatizarlo, es la internalización de herramientas o

instrumentos, no sólo físicos, sino primordialmente simbólicos.

Ahora bien, el hombre ha creado sus propios instrumentos, pero su asimilación transforma la naturaleza de éste. El lenguaje, señalábamos antes, es un instrumento que se ejercita en dos niveles: en el plano social (extrapsicológico) sirve como medio de comunicación, y en el plano interno (intrapsicológico) como medio de reflexión. Desde esta perspectiva, el signo conserva una doble función: social y representacional a la vez. En un principio, los símbolos tienen una naturaleza compartida, surgen de la comunicación —no se originan *dentro* del individuo *ni fuera* de él, sino *entre éstos*— y posteriormente son interiorizados. En las palabras —símbolos lingüísticos— se puede observar esa doble función a la que se está aludiendo. Cuando el niño maneja una palabra en el proceso de comunicación con el adulto, en ella predomina, sobre todo, el plano extrapsicológico; cuando se produce la interiorización o internalización del lenguaje (habla interna), la palabra adquiere así nuevas funciones psicológicas que antes eran externas.

#### COMENTARIOS FINALES

La incorporación del lenguaje, como vimos, ocurre primariamente con el objetivo primordial de intercambiar información. Pero, posteriormente, se comienza a internalizar y su empleo no siempre cumple propósitos de comunicación, sino que termina por convertirse en un instrumento del pensamiento. Según Vygotsky, la incorporación del lenguaje trans-

forma todas las funciones del pensamiento, la atención, la memoria, la percepción, etc. Por ello, no concebía el lenguaje como un mero agregado o acompañante de la actividad, sino como un instrumento de reflexión y planificación.

La interiorización de un instrumento cultural tan importante como el lenguaje hace que la relación del sujeto con el entorno sea una relación mediada semióticamente. La palabra permite la actividad reflexiva, de manera que la respuesta ante un estímulo pasa por una elaboración interna y permite la planificación y regulación de la acción, haciendo posible la actividad voluntaria (Díaz 1984; Portes, 1985). Al analizar la influencia mediacional que representan los signos y, más concretamente, las palabras, el papel de la cultura se torna tan evidente como esencial.

Naturalmente, lo dicho para el caso del lenguaje también es válido para el resto de los instrumentos o funciones cognoscitivas tales como la memoria o el razonamiento lógico. El niño se enfrenta a su mundo e intenta comprenderlo a partir de una mediación social de quienes lo rodean. Y ello no sólo por ser primordialmente dependiente durante su infancia, sino debido a que sus primeros intentos de reflexión están mediados por gestos corporales y vocales dentro de un proceso social comunicativo. El individuo humano, a diferencia de las especies infrahumanas, comienza a pensar y a formarse una conciencia en términos fundamentalmente sociales. Las reacciones de un niño ante la naturaleza, los objetos y, por supuesto, ante otros seres humanos, son reacciones humanas, sociales.

Para Vygotsky, el niño, desde el principio, es social y comunicativo y la adquisición del lenguaje le

permite ampliar y fortalecer sus intentos de comunicación con sus semejantes. Por consecuencia, lo vital no es analizar y comprender cómo el lenguaje egocéntrico se torna comunicativo, sino a la inversa, es decir, cómo un lenguaje originalmente comunicativo se logra interiorizar.

Vygotsky expresa esta idea del modo siguiente:

En el desarrollo cultural del niño, toda función aparece dos veces: primero, a nivel social y, más tarde, a nivel individual; primero entre personas (interpersonal), y después en el interior del propio niño (intrapsicológica). Esto puede aplicarse igualmente a la atención voluntaria, a la memoria lógica y a la formación de conceptos. Todas las funciones superiores se originan como relaciones entre seres humanos (1979, p. 94).

Esto es, cualquier adquisición cognoscitiva se ve precedida por una adquisición social. Aunque, por el momento, el espacio nos impide profundizar más, me gustaría cerrar este apartado citando a Baldwin, quien, a principios de este siglo, manifestó una visión sumamente acertada y visionaria de la psicología, la cual coincide plenamente con los planteamientos de Vygotsky:

Cuando el mí se convierte en una persona consciente y activa, podemos decir que el individuo mental como tal ha nacido. Pero el individuo sigue siendo una parte del todo que le permitió nacer, un todo que es de naturaleza colectiva y del cual él es una especificación. Vive, se desarrolla y encuentra siempre su verdadera naturaleza en un sistema de valores y de hechos colectivos. Es un *socius*, un elemento de una red social o de una situación;

sólo así su individualidad y su independencia pueden realizarse y tener sentido. En este nuevo sentido se verifica el enunciado de Aristóteles *el hombre es un animal social*. Pero podemos resumir la verdad de un modo más adecuado diciendo que el hombre es una sociedad individualizada; porque en cada nuevo individuo, la sociedad encuentra una nueva expresión de sí misma (*cit. en Mugny y Pérez, 1988, p. 58*).

Concluyendo, aunque en este ensayo se trató específicamente el tema de la transición de un comportamiento comunicativo preverbal a una etapa eminentemente lingüística, con ello se intentó evidenciar que, desde una perspectiva más general, la conciencia y las funciones superiores pierden, dentro del marco vygotkiano, su carácter individualista y quedan entretrejidas con las condiciones objetivas de la vida colectiva. El pensamiento es, más concretamente dicho, un proceso que se gesta y replica en la acción social.

#### REFERENCIAS

- Bates, E., L. Camaioni, y V. Volterra, *The Acquisition of Preformatives Prior to Speech*, Merrill-Palmer Quarterly, 21, 3, 1975.
- Bruner, J., *El habla en el niño*, Barcelona, Paidós, 1983.
- Díaz, R.M., "The Union of Thought and Language in Children's Private Speech. Recent Empirical Evidence for Vigotski's Theory", ponencia presentada en XXIII Congreso Internacional de Psicología, Acapulco, México, 1984.
- Habermas, J., *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 2 vols., 1984.

- Lezine, I., "A propósito de la comunicación gestual en el primer año", en *La génesis del lenguaje. Su aprendizaje y desarrollo*, (varios), Madrid, Pablo del Río Editor, 1977, pp. 61-66.
- Marx, C., "Tesis sobre Feuerbach", en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1975.
- , "Prólogo de la contribución de la economía política", en C. Marx y F. Engels, *op. cit.*
- , *El capital*, México, Siglo xxi, 10a. edición.
- Mead, G.H., *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós, 1982.
- Meltzoff, A. y M.K. Moore, "Imitation of Facial and Manual Gestures by Human Neonates", en *Science*, 198, 1977, pp. 75-78.
- Medina Liberty, A., "Del gesto a la palabra", en *La psicología social en México*, México, Asociación Mexicana de Psicología Social, vol. IV, 1977, pp. 229-233.
- , "Pensamiento y símbolo: un enfoque vygotkiano", *Revista de cultura psicológica*, 1, 2, 1993.
- , "Children's Zone of Proximal Development in Adult-Child Interactions", ponencia presentada en el 23rd International Congress of Applied Psychology, Madrid, España, julio, 1994.
- Mugny, G. y Pérez, J.A. (eds.), *Psicología social del desarrollo cognoscitivo*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- Piaget, J. y B. Inhelder, *Psicología del niño*, Buenos Aires, Morata, 1973.
- , *La formación del símbolo en el niño*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Pierce, C.S., *El hombre, un signo*, Barcelona, Ed. Crítica, 1988.
- Portes, P.R., "The Role of Language in the Development of Intelligence: Vygotsky Revisted", *Human Development*, 18, 1986, pp. 1-10.
- Puziréi, A. (ed.), *El proceso de formación de la psicología marxista: L. Vigotski, A. Leontiev, A. Luria*, Moscú, Edit. Progreso, 1989.
- Siguán, M., "Del gesto a la palabra", en M. Siguan (ed.) *Estudios sobre psicología del lenguaje infantil*, Madrid, Ed. Pirámide, 1984, pp. 17-32.
- Tronick, E. (ed.), *Social Interchange in Infancy: Affects, Cognition and Communication*, Baltimore, University Park Press, 1982.
- Vygotsky, L.S., "La conciencia como problema de la psicología del comportamiento", en *Obras escogidas*, Madrid, Visor, vol. 1, 1992.
- , *Psicología del arte*, Madrid, Barral, 1975.
- , *Pensamiento y lenguaje*, Buenos Aires, La Pléyade, 1977.
- , *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*, Barcelona, Grijalbo, 1979.
- , "Concrete Human Psychology", *Soviet Psychology*, 27, 2., 1989. (Publicado originalmente en 1929.)
- Wallon, H., *De l'acte à la pensée. Essai de psychologie comparée*, Paris, Flammarion, 1972.
- Wertsch, J., *Vygotsky y la formación social de la mente*, Barcelona, Paidós, 1988.